

Literatura

Crónica de libros inesperados

Un viaje de ida y vuelta



Las paredes del patio de las flores, en la Casa Milà, son un auténtico espectáculo de formas, luz y colores. FOTO: FUNDACIÓ CATALUNYA LA PEDRERA



La azotea de los guerreros es un icono de Barcelona desde donde se contemplan unas vistas espectaculares. FOTO: FUNDACIÓ CATALUNYA LA PEDRERA

antigua para encontrar un pasado que justificase la necesidad de un renovado sentimiento nacional. Esta búsqueda para exaltar un pasado glorioso acabará evolucionando en un estilo personal y ecléctico que posee el color y los ritmos de una construcción armónica junto a la gracia del dibujo. Con un desencadenante Pathos, la capacidad inventiva de Gaudí juega con los aspectos más irracionales y abruptos de la naturaleza disueltos en pura lírica visual.

El peculiar sentimiento plástico que le atribuye a sus obras crea un diálogo con el sentido emergente del simbolismo que acompaña la expresión bella; sus estructuras son experimentadas como esculturas habitables en contraposición al reciente Le Corbusier y sus máquinas para habitar, donde la utilidad sustituye a la estética. Gracias a su pasión plástica, las obras de Gaudí se pueden entender como una fusión y confusión de los dominios específicos de la arquitectura, la escultura y la pintura. No solo destacan por su virtuosismo ornamental y simbólico, sino que también atestiguan la excepcional contribución de las creaciones de Gaudí a la evolución de la arquitectura y las técnicas de construcción a finales del siglo XIX y principios del XX, con implementaciones sostenibles de ahorro de recursos, sin abandonar el aspec-

to estético del diseño. Los interiores ideados por el arquitecto son espacios pensados tanto para albergar al hombre, como para representar la naturaleza que en un momento de industrialización, deja de rodearlos. Es así como su autor ha pasado a ser uno de los máximos representantes de su época para la posteridad reconocido por la categoría que se asignó a sus producciones en 1984.

Sin embargo, hemos de conocer que, a pesar de que la función principal de la declaración de estos bienes como Patrimonio de la Humanidad es garantizar su protección y prevalencia para las futuras generaciones, también tiene un cometido para democratizar el arte. Pasa así a formar parte del selecto grupo de piezas que, por su capital interés social ha de poder ser disfrutado por toda la población. Pero, ¿es esto posible cuando la visita más sencilla roza los 30 euros en precio de entrada?

Es quizá el momento de reflexionar sobre el impacto económico del turismo masificado en nuestra escena cultural, y sobre la ética de permitir una gestión privada en un monumento Patrimonio Esencial de la Humanidad, y que, por tanto, puede recibir asistencia financiera y asesoramiento de expertos del Comité del Patrimonio Mundial para garantizar la mejor preservación de sus sitios.



IAGO FERNÁNDEZ
@xacobeus



Título: Retorno a Little Summerford
Autor: Reginald Arkell
Editorial: Periférica
Traducción: Ángeles de los Santos
Páginas: 288

La fortuna, voluble y antojadiza, suele disponer de nosotros a su entera conveniencia para trazar los derroteros más inesperados. Unas veces allana nuestro camino; otras, parece complicarlo arrojando todo tipo de bultos que impiden nuestro paso. La fortuna, como ese amigo que viene y va de nuestras vidas sin razón aparente, da tanto como quita. E incluso cuando da puede que esté quitando un poquito también. Por esa razón es conveniente no tenerle demasiado en cuenta esas idas y venidas y no dejarse encantar por su semblante más amable, por más que en ocasiones resulte imposible escapar a su influjo.

Poco podía imaginar Monty Brass, prohombre de la escena de la comedia musical de provincias, que la fortuna, aquella tarde de invierno en el empalme ferroviario de Bilson, en el condado de Notts, estaba a punto de depararle la mejor de sus sonrisas. Por delante, le había confirmado el jefe de estación, le aguardaban otras tres largas horas de espera hasta la llegada del tren que debía llevarlo de vuelta a Manchester. Ante tal eventualidad cualquier otro se hubiera arredrado, no así Monty Brass, un hombre de negocios de sobrados recursos, cuya vida se medía por la estricta vara del dinero y el sentido de la oportunidad. Con este único fin había dirigido sus pasos hacia el Bilson Empire, el teatro de variedades local. Quizá con algo de suerte y un poco de su infalible olfato pudiera rescatar algo de valor de aquel lugar tan prescindible como olvidable. Y vaya si lo hizo. Encontró a Charley Moon, el para nada prescindible ni olvidable protagonista de *Retorno a Little Summerford*, a quien parecía que la fortuna también acababa de sonreírle aquella tarde. El Strand londinense iba a dejar de ser un punto tan diminuto como irreal en el horizonte de Charley; las luces del West End empezaban a alumbrar su camino. Nunca tres horas habían resultado tan provechosas.

Todo en la vida de Charley parecía haberlo empujado desde muy pronto lejos de Little Summerford, las aulas, el coro y, sobre todo, muy lejos de la misa de los domingos. También de sus obligaciones en el molino, que había pertenecido a la familia Moon durante generaciones y que, en esos momentos, pasaba la peor de sus rachas. Como si la vida estuviera haciendo todo lo posible por indicarle que su lugar era otro. Pero ¿qué otro lugar po-

día ser si Charley no conocía otra cosa que los humedales de Little Summerford? La respuesta iba a encontrarla en el sitio más inesperado: en el ejército, formando parte del grupo de soldados que iba a preparar la función de Navidad. Este inicio tan humilde – no exento de mofas por parte de sus compañeros– iba a ser solamente el principio de un viaje que iba a llevarlo a lo más alto, a codearse con todo tipo de personalidades, a afiliarse a los clubs más selectos y, en fin, a vivir una vida que quizá el destino tuviera reservada para otra persona y no para él. Charley brilló con la fuerza de una estrella que sabe que pronto morirá. Apenas había tenido tiempo de calar en la memoria del público cuando su luz se

Reginald Arkell recupera esa Inglaterra rural que parece hablarnos de unos tiempos más sencillos y felices

apagó. Pasó de copar la cabecera de todos los cárteles a ser una mera nota a pie de página, una apostilla entre entendidos en una taberna al calor de unas pintas. En este punto muchos maldecirían su suerte, cargarían contra la fortuna que les había sonreído hacía no tanto, pero entre esos muchos no estaría Charley Moon que sabía que lo mejor siempre surge cuando uno se aproxima a la vida sin ningún proyecto ni deseo determinados, solo movido por la curiosidad de ver en qué resultaría todo.

En *Retorno a Little Summerford*, Reginald Arkell, fantástico fabulador de vidas posibles, urde un viaje de ida y vuelta a ese recodo remoto del Támesis que una vez fue todo el mundo conocido de Charley Moon. Como ya hiciera en *Recuerdos de un jardinero inglés*, el autor recupera esa Inglaterra rural que parece hablarnos de unos tiempos más sencillos y felices. Nos lleva a visitar rincones de la geografía inglesa adornados con aquellos huertos y jardines de ensueño que tanto lo fascinaron. Para Arkell esa naturaleza domesticada era el recuerdo de un tiempo que todavía no había conocido la tragedia de la Primera Guerra Mundial; para Charley Moon, el recuerdo de un hogar del que se fue muy pronto. Y es que en ocasiones es necesario alejarse de este, olvidarlo por completo, para ansiarlo una vez más.